

## UN MUNDO “MADE IN ENGLAND”\*

**Claudio Véliz**

En este ensayo se propone una analogía entre la actitud cultural dominante de nuestro tiempo y aquella de la era helenística que va de Alejandro a Augusto, con Estados Unidos desempeñando hoy, en su calidad de portador solícito del legado cultural inglés, el papel de Macedonia.

Porque si puede decirse que los griegos “inventaron el arte” —señala el autor—, entonces cabría también concluir que los pueblos de habla inglesa “inventaron el mundo industrial moderno”. Y, así como el período helenístico representó una fase continuadora y civilizadora de la especulación intelectual y artística que se había originado en la revolución griega de los siglos VI-IV a. C, en forma análoga, a mediados de este siglo, se ingresa en un período en el que rasgos culturales generados durante el proceso de industrialización se consolidan “como hebras centrales de la trama común de conocimientos, hábitos, modas y creencias en las que descansan los elementos distintivos y la supervivencia de la civilización”.

---

CLAUDIO VÉLIZ. Ph. D., London School of Economics. Profesor de Historia y director de The University Professors de la Universidad de Boston. Profesor emérito de la Universidad de La Trobe. Ex director del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. De sus numerosas publicaciones cabe mencionar *Historia de la marina mercante de Chile* (Santiago, 1961) y *The Centralist Tradition of Latin America* (Princeton, 1980).

\*Este artículo fue publicado originalmente por la revista *Quadrant*, Sidney, edición de marzo de 1983. Traducido del inglés por el Centro de Estudios Públicos; su reproducción en esta edición cuenta con la debida autorización.

**E**l mundo en que todos hemos visto la luz es “Made in England”, y el mundo en que discurrirá la venerable ancianidad de nuestros tataranietos será tan inglés como el universo helenístico era griego, o, mejor, dicho ateniense. En circunstancias normales esto debería ser claro e indiscutible, pero en nuestros tiempos aparece obnubilado por una serie de advertencias y lamentaciones acerca de una Inglaterra que, en su pase post imperial, parece hundirse en el más profundo anonimato internacional. Algunas de estas son descripciones realistas y sombrías de lo obvio; otras resultan desmedidas e inverosímiles; y las hay que apenas consiguen disimular ocultas antipatías. Con todo, tal insistencia resulta inquietante, sobre todo porque se basa en la suposición de que, a raíz de la decadencia del poder militar y político de los británicos en las últimas décadas, sus pasados logros nacionales y en ultramar, o sus actuales tentativas, están necesariamente caducos o extintos, o marchan aceleradamente hacia la obsolescencia.

Este es un razonamiento equivocado no tanto por la probabilidad de que Gran Bretaña nos vaya a dejar a todos atónitos recuperando, a la manera del ave Fénix, su vitalidad industrial y su preponderancia imperial; antes bien, es un error porque, aun cuando no es infrecuente una elemental correlación entre el fin de los imperios y el ocaso o desaparición de las culturas por ellos engendradas, conquistadas o adoptadas, esa correlación no es inevitable. Fomentada, a veces prohijada, por las exigencias inmediatas de la política contingente y la guerra, esa relación espuria tiene la apariencia de una explicación general aceptable, pero es en realidad inútil y en ocasiones engañosa. Ignora, por cierto, el hecho que la supervivencia de la cultura está inseparablemente ligada a la supervivencia de las formas, los signos y los símbolos que ella genera o ampara, y que éstos, como un eco civilizatorio persistente, pueden subsistir largo tiempo después de la desintegración de las empresas militares y políticas que presidieron su concepción; las formas culturales y sus fuentes imperiales pueden prosperar por separado o hundirse juntas en el olvido, y en tanto la supervivencia de ellas, en cualquiera de sus formas, no puede garantizarse, no se justifica tampoco la precipitación con que algunos sectores asimilan hoy la situación de Gran Bretaña a la de los mayas o los asirios. Tal prisa es desafortunada, a su vez, porque nos induce a aceptar una metáfora engañosa y desoladora, pues no estamos presenciando el sepelio del mundo que nos es familiar, y es perfectamente posible, incluso probable, que si estos años van a marcar el fin de algo, ello sea únicamente el fin cronológico del siglo XX; los cambios verificados en los últimos decenios pueden considerarse congruentes con un estado de madurez relativa y confiada, y a la vez como síntomas de las primeras fases en un proceso de senilidad cultural.

En lugar de ello parece tanto más razonable proponer, con la debida cautela, una analogía entre la actitud cultural dominante de nuestra época y aquella de los siglos helenísticos que van desde Alejandro hasta Augusto, con Estados Unidos jugando no el papel de la Roma de los últimos días sino el de Macedonia. Es decir, el de un solícito portador del acervo cultural de los ingleses y sus sucesores, a menudo con variadas e ingeniosas modificaciones, a casi todos los rincones del planeta. Y como cualquier otro recurso descriptivo aplicado a la historia, esta analogía macedónica no tiene por qué ser estricta ni invulnerable. Es evidente que Estados Unidos es mucho más que un eficiente difusor de las significaciones inglesas; su vitalidad creativa es indiscutible, y está aún por verse si acaso el apogeo de Inglaterra, incluida la Revolución Industrial, llegará en su momento a ser considerado como un preludio de la ascensión de la primera república de habla inglesa. Entre la Macedonia de Felipe y el pintoresco mundo estadounidense hay suficientes diferencias para atemperar cualquier insinuación de un paralelismo irrestricto. Sin embargo, el aporte helenístico de Macedonia tuvo un importante componente militar, y no es posible ignorar que Estados Unidos, tal vez precisamente debido a su posición singular en el concierto de las naciones modernas, ha tenido un papel protagónico en las conflagraciones armadas de mayor envergadura del presente siglo. Aún más, podría sostenerse que dichas actividades militares no sólo no han obstaculizado sino, por el contrario, incluso han facilitado la expansión al exterior de muchos rasgos culturales de los pueblos de habla inglesa.

En las últimas dos generaciones, y de seguro desde 1947, cuando Gran Bretaña comenzó a dismantelar su Imperio, el mundo cruzó un umbral apenas perceptible, pero muy real, entrando en un período cuasi-helenístico, a través del cual los rasgos culturales originarios de los pueblos de habla inglesa, surgidos especialmente en el creativo período de su propia Revolución Industrial y de su breve apogeo imperial, se consolidaron sin mayor esfuerzo como hebras centrales de la trama común de conocimientos, hábitos, modas y creencias sobre las cuales descansan los elementos distintivos y la supervivencia de la civilización. La similitud entre este proceso y las secuelas de la desintegración que siguió al poderío imperial ateniense sugiere explicaciones y complejidades bastante más plausibles que los temores hoy en boga sobre una extinción cultural de carácter inminente e irreversible.

Aristóteles nació el año 383 a. C. en Estágira, poblado colonial tan distante de Atenas y Tebas como lo están hoy Melbourne, Nueva York y Toronto de Gatwick o Heathrow. Para entonces habían transcurrido ya veinte años desde que comenzara a decaer el poderío político y militar ateniense, y a su fallecimiento, en el 322 a. C., un año después de muerto

su discípulo Alejandro, dejó tras de sí un mundo helenístico que asistiría a la expansión y supervivencia del legado cultural ateniense, si bien con ayuda de los macedonios, para luego ocupar el centro de la escena durante los próximos dos siglos y medio. Los límites convencionales de la era helenística, del 323 a. C. al año 30 a. C., son aproximaciones: la cultura de los griegos se había extendido ya vigorosamente, incluso a Macedonia, muchos años antes de Alejandro, y su importancia no se desvaneció con el establecimiento del Imperio bajo Augusto.<sup>1</sup> Doscientos años después de la destrucción del imperio ateniense, la *lingua franca* del universo conocido era el griego, y el helenismo, término derivado de una palabra griega que significa “hablar en griego”, reinaba en gloria y majestad.<sup>2</sup> Habrían sido menester dotes proféticas muy especiales para predecir inmediatamente después de la catastrófica derrota de los romanos en Cannae, en el 216 a. C., que con el tiempo la lengua de los helenos sería desplazada por la de los latinos; análogo talento sería necesario hoy para predecir qué idioma habrá de sustituir eventualmente al inglés como *lingua franca* del mundo moderno. Esta misma dificultad —o incluso imposibilidad— de imaginar a un sucesor nos da la medida de la vitalidad de esta cultura fundamental, y en una época como la nuestra, en que la metáfora dominante en lo social está íntimamente ligada a la naturaleza del idioma, es también revelador de su importancia decisiva.<sup>3</sup>

El objetivo específico más popular en las instituciones educacionales fuera del mundo de habla inglesa es, indudablemente, la adquisición de

---

<sup>1</sup> Uno de los grandes monumentos del ocaso del helenismo es el *Septuagint*, la traducción griega del Antiguo Testamento. Su origen, la Biblia de San Pablo, indica que más de un siglo después de Augusto los judíos de Alejandría no sólo habían aceptado el griego como un instrumento adecuado de comunicación sino que lo habían adoptado, prefiriéndolo a su propio idioma. William Tarn y G. T. Griffith, *Hellenistic Civilization* (Londres, 1966), p. 223.

<sup>2</sup> El último monarca de la dinastía de los Ptolomeos, Cleopatra Auletes, mitad griega mitad macedonia, se distinguió, entre otras proezas, por haber sido la primera de su linaje en dominar la lengua egipcia, la que ninguno de sus predecesores, durante los tres siglos de reinado sobre el Egipto helénico, se había molestado jamás en aprender. F. W. Walbank, *The Hellenistic World* (Londres, 1981), p. 120.

<sup>3</sup> La cualidad omnipresente del inglés quedó de manifiesto en el hecho de que ambos discursos de aceptación del Premio Nobel de la Paz en 1978, pronunciados en Oslo por el Primer Ministro Begin de Israel y por Sayed Marei, portavoz del Parlamento Egipcio que actuó en representación del Presidente Sadat, quien compartiera el galardón con Begin, fueron en inglés; también en inglés se llevaron a cabo las negociaciones entre Joachim von Ribbentrop y su contraparte japonesa, Yosuke Matsuoka, que condujeron a la firma del fatídico Pacto Tripartito entre Japón, Alemania e Italia en septiembre de 1940.

un conocimiento instrumental del idioma inglés. Consideraciones semánticas y estadísticas aparte, la importancia de ello trasciende, obviamente, la eficacia instrumental o el perfeccionamiento de las habilidades requeridas en el manejo tecnológico y administrativo. La condición de *lingua franca* encierra algo más que su aceptación generalizada, ya que la lengua es el principal difusor de significado en las sociedades humanas, y bien podría argumentarse en favor de la analogía cuasi-helenística, sobre la sola base del inglés. Pero este único argumento peca de excesiva austeridad e ignora la enorme variedad de otras formas culturales creadas y legadas por Inglaterra durante su excepcional supremacía. En este contexto, y con el fin de reflejar apropiadamente la preponderancia de la lengua en el proceso de formación cultural, es preferible emplear el término “pueblos de habla inglesa” en lugar de “Gran Bretaña”, “Reino Unido” o “Mancomunidad Británica”. Dicho término descriptivo es útil, porque abarca tanto a las sociedades trasplantadas como su común origen inglés. Y si bien es cierto que se distinguen unos de otros por ciertas características relevantes y muy notorias, los países de habla inglesa tienen hoy más en común entre sí que con cualquier otro país o grupo de países. Con el tiempo, bien se podrían llegar a incluir todos ellos en una categoría más general, como la de “democracias sociales inglesas”, con la misma certeza que los historiadores de la cultura y de la sociedad se refieren a las dinastías Selúcida y Ptolomeica, así como el reino de Antígona, con el término “helenísticos”, teniendo en cuenta principalmente —y en forma acertada— que el sustrato helenístico de todos ellos era más importante que la multitud de folklorismos regionales que los diferenciaba.

Hoy por hoy Brisbane, Winnipeg y Detroit son tan diferentes entre sí como lo eran Pelia, Pérgamo y Antioquía hace unos dos mil años, pero afirmar sus diferencias no equivale a negar lo que evidentemente comparten, relacionado en ambos casos con la aceptación no impuesta de una herencia cultural compartida y el uso del idioma inglés. La posición inexpugnable del inglés en la fase imperial británica es inmediatamente comparable a la posición del castellano en la época del imperio español y con la del dialecto ático en el imperio ateniense; la lengua del mundo helenístico no fue la lengua de toda Grecia, sino la del Atica en particular, y hoy día, a pesar de la evolución divergente del inglés en sus distintos territorios, proceso alentado por su característica flexibilidad, no cabe duda que la *lingua franca* heredada del Imperio es el inglés de Inglaterra y no el de las tierras altas de Escocia, del Ulster o Ebbw Vale. Ni el inglés de Texas, el *brahmin* de Boston, el *pidgin* o el inglés que hoy se habla en Australia.

El proceso civilizatorio, desarrollado en forma relativamente ininterrumpida durante varios miles de años, da cuenta de la muy variada y

compleja interdependencia de las diversidades de nuestra propia centuria, salvo por algunas notables excepciones que son en gran medida consecuencia de condiciones extraordinarias de inaccesibilidad geográfica. El paso del tiempo no las ha desdibujado ni homogenizado, sino que las modifica constantemente, combinándolas de forma diferente, ocasionalmente destruyéndolas y recreándolas, dando lugar así a un patrón de gran riqueza y complejidad. Sostener, en estas circunstancias, la pureza de un determinado linaje o la originalidad absoluta es una ingenuidad. Aun cuando cabe imaginar que transcurrido un lapso necesario comenzarán a borrarse incluso hasta las fronteras culturales mejor definidas, se requiere de cierta audacia para determinar el número preciso de años, décadas, siglos o milenios que habrán de transcurrir hasta entonces. Como bien lo hacía notar Lord Keynes, finalmente moriremos todos. Pero en tanto estemos en este mundo tenemos que valernos de los medios a nuestro alcance: en este caso, una infinidad de formas y símbolos de diversa antigüedad y procedencia, difundidos en un territorio extenso y confuso, y que, en su mayoría, exhiben señas reconocibles de su origen o de su transfiguración última. Esta es, por así decirlo, la materia prima de la cultura, la que simultáneamente conforma y es conformada por la acción del hombre, y que contiene en su seno ese conjunto de hábitos, actitudes, costumbres y, en general, factores socialmente heredados, que el concepto, en su acepción más amplia, identifica plenamente con el propio ser humano.

Hay muchas definiciones de cultura, ninguna de las cuales satisface las diversas necesidades a las que se intenta responder con este concepto decididamente útil, aunque escurridizo. Pero hay algunos puntos de confluencia relevantes. Por vía de ejemplo, la mayoría de las definiciones, si no todas, se basan en la idea de que la cultura es un atributo social;<sup>4</sup> también se la considera un factor de ordenamiento de los elementos, como un sistema antes que una evocación del caos; y como algo dotado de un significado y no sin sentido. No es difícil, en conformidad con las implicancias de estos puntos de confluencia, asentir ante esos fragmentos inspirados de la jerga sociológica que, haciéndose eco de lo sostenido por Saussure, nos sugieren que consideremos la cultura como un “sistema

---

<sup>4</sup> Este punto ha sido objeto de atención fuera de los límites de la sociología, y, posiblemente, una de las afirmaciones más conocidas sobre el tema sea la que nos brinda la pluma del poeta T. S. Eliot: “La cultura del individuo depende de la cultura de un grupo o clase, y la cultura del grupo o clase depende de la cultura del conjunto de la sociedad a la que pertenece ese grupo o clase. Por consiguiente, la cultura de la sociedad es lo fundamental”. T. S. Eliot, *Notes Towards the Definition of Culture* (Londres, 1948), p. 21.

significante” (Raymond Williams), o mejor aún, como un “sistema de significados” (Philip Rieff). De ser así, los significados lo son de la esencia, al igual que la forma específica en que se los hace actuar como significantes. T. S. Eliot sugiere la amplitud de tales significados cuando a la pregunta de qué era lo que debía incluirse en una categoría tan trascendental como la noción de “cultura”, respondió con el siguiente listado: “el Derby, la Regata en Henley, Cowes, el Doce de Agosto, el campamento nacional de fútbol, las carreras de perros, la mesa del té, el tablero del juego de dardos, el queso Wensleydale, el repollo cocido y cortado en trocitos, la remolacha en vinagre, las iglesias neogóticas del siglo XIX y la música de Elgar”.<sup>5</sup> Si los quesos significan, también lo hace la lengua, lo cual se hace patente cuando las palabras son proferidas, reconocidas y aceptadas, constituyendo cada una de tales operaciones una forma de intimar en lo intelectual, un encuentro en un terreno común, un acuerdo, equivocado o no, en torno al sentido de algo y un significado cualquiera, y también una combinación de ciertos gestos que constituyen la cultura. Es así como “toda palabra (...), todo gesto, toda obra de arte y todo hecho histórico son inteligibles porque las personas que se expresan a través de ellos y las personas que los comprenden tienen algo en común: el individuo siente, piensa y actúa en una esfera común, y es sólo dentro de ella que arriba a la comprensión”.<sup>6</sup>

La comprensión es un modo de acción que no fructifica de no mediar alguna forma de transferencia, una suerte de desplazamiento desde el ámbito exclusivo del receptor al terreno común en donde los signos, las formas y los símbolos pueden ser comprendidos. En este caso, como en muchos otros aspectos del estudio de la cultura, la conclusión de Vico sigue pareciéndonos insuperable, y lo más honorable es recurrir a la misma elocuencia del sabio napolitano. En un párrafo mercedamente célebre y frecuentemente citado, nos dice que “en la noche de espesas tinieblas que envolvía a la más remota antigüedad, tan distante de nosotros, brilla la inextinguible y eterna luz de una verdad incuestionable: que el ámbito de la sociedad civil es ciertamente obra del hombre y que sus principios han de encontrarse, por tanto, en las modificaciones de la mente humana”.<sup>7</sup> Com-

<sup>5</sup> T. S. Eliot, *Notes, op. cit.*, p. 31.

<sup>6</sup> Rudolf A. Makkreel, *Dilthey, Philosophy of the Human Studies* (Princeton, 1975), pp. 308-309, citado de Wilhelm Dilthey, *Gesammelte Schriften*, vol. VII, *Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften*, ed. B. Groethoysen, 2 edición (Stuttgart, 1958), p. 146.

<sup>7</sup> *The New Science of Giambattista Vico*, trad., T. G. Bergin y M. H. Fisch (Cornell, 1970), pp. 52-53.

prender los signos, formas y símbolos creados por otro exige un desplazamiento que ha de traspasar la línea demarcatoria entre ambos: comprender es experimentar un cambio, y ni el cambio ni el acto de comprensión pueden ocurrir sin esas “variaciones de nuestra mente” que Vico, de manera tan perceptiva, colocaba en el centro mismo del proceso por el cual se va configurando la cultura. La génesis de los significados es definitiva, porque establece las condiciones en las cuales éstos serán comprendidos y, aunque tales condiciones no deben considerarse absolutas, porque no puede descartarse la posibilidad real, y a un tiempo útil, de un malentendido, está claro que el origen de una forma, un signo o un símbolo y las estipulaciones para su comprensión son importantes: cuán importantes, es imposible decirlo, pero a menos que se consideren los significados culturales como elementos intercambiables, es necesario dedicar a su especificidad algo más que una reflexión marginal. No da igual que el deporte más difundido en Bulgaria sea el fútbol, el billar o el polo, y no basta resolver el problema clasificando tal dato bajo el acápite de “deporte nacional”: tan absurdo como suponer que el uso del orden corintio en los principales edificios de Pérgamo, Antioquía y Heliópolis es una mera coincidencia, algo sin importancia.

Independientemente de su unicidad, su importancia relativa o su excentricidad, los significados no son fenómenos fortuitos ni rasgos permanentes del universo cultural; la idea del motor de combustión interna no habría podido surgir espontáneamente en el cerebro del más cumplido de los funcionarios de la corte de Asurbanipal, como tampoco el *Fausto* podría haber sido escrito por una comisión de diligentes fueguinos. En cuanto a su perdurabilidad, no existe una razón de peso para que los significados (incluyendo los tipos de queso, las creencias metafísicas, los pasatiempos y modas en el vestir) que florecieron bajo el gobierno imperial de Cartago o de Roma, de los Habsburgos españoles o de los sultanes otomanos (o bajo el de Inglaterra) deban perdurar para siempre. Es muy difícil establecer si el proceso por el cual las tribus, familias, naciones, civilizaciones y comunidades se turnan para asumir las responsabilidades de la génesis cultural es un fenómeno racional, justo, anárquico, ordenado o de origen divino, pero es muy fácil, en cambio, advertir que la vanguardia cambia frecuentemente y que la atribución de virtudes excepcionales a su vigencia en un período determinado es tan innecesaria como dudosa.

Decir que un grupo humano es capaz de generar formas, signos y símbolos culturales —significados— es tautológico: si no fuera capaz de ello no sería humano. La propia existencia de las sociedades humanas, incluso en sus niveles más elementales, está vinculada inextricablemente



con esta capacidad. Pero otra cosa bien distinta es generar significados “exportables” que puedan ser transferidos sin mayores apremios más allá de las fronteras políticas y culturales de su patria de origen. Esto es bastante más infrecuente, al extremo de constituir una rareza, y no debe confundirse con las réplicas culturales no demasiado sutiles que normalmente resultan del ejercicio del dominio imperial. Atribuir la aceptación general simplemente al hecho del imperio equivale, a fin de cuentas, a perder de vista el verdadero problema, y a este respecto la experiencia de Castilla, que por más de tres siglos fue el centro del otro gran ejemplo imperial de los tiempos modernos, ofrece un contraste iluminador.

El imperio español fue el más rico, el más extenso y el más formidable después del romano. Fue regido por monarcas que no se distinguieron por su modestia, y que, al igual que sus súbditos, rara vez abrigaron dudas acerca del valor de su religión, sus costumbres, su idioma, sus concepciones morales o sus hábitos cotidianos. Fue, asimismo, un imperio notablemente bien nutrido por el talento creativo de un pueblo que, desde el siglo VI en adelante, y casi ininterrumpidamente, incluso en los períodos oscuros de decadencia y abatimiento, asombró al mundo civilizado con la originalidad y la excelencia de su producción artística y literaria. En el vasto ámbito del castellano sobran la voluntad y las capacidades; empero, excepto por un par de gloriosos arquetipos (Don Juan y el Quijote), el canario doméstico, la palabra “liberalismo”,<sup>8</sup> la guitarra, la oveja merino y la Compañía de Jesús, los significados generados bajo la hegemonía castellana no llegaron a disfrutar de una aceptación generalizada a nivel internacional; la tauromaquia y las castañuelas viajaron poco y mal, y no cabe considerar a *Fígaro*, *Carmen* y *Escamillo*, ya que, como muchos otros elementos comúnmente asociados a España, fueron creaciones de extranjeros entusiastas, algunos de los cuales jamás pusieron un pie en suelo español.

El idioma castellano también demostró ser un mal viajero. Si bien emigró a la sombra de las banderas imperiales, no consiguió extenderse a los Países Bajos ni a Europa Central. Más tarde, no sobrevivió al colapso del poderío español en Filipinas ni a la anexión del territorio mexicano por los Estados Unidos después de 1848. En la actualidad es utilizado en la

---

<sup>8</sup> Su trayectoria internacional fue gatillada por el poeta Robert Southey, quien usó la forma española en 1816 como un epíteto despectivo dirigido a los *whigs* británicos, a quienes describió como “liberales británicos”, en obvia referencia a la facción española responsable de las fracasadas y caóticas reformas iniciadas por las Cortes de Cádiz en 1812.

Península Ibérica y en las antiguas Indias Occidentales, con pequeñas excepciones. Sobrevive también, con deformaciones, en algunas regiones de los Estados Unidos, adonde fue llevado por inmigrantes, refugiados o “braceros” huyendo de las penurias económicas o las persecuciones políticas. Esta actuación descolorida no es una excepción. En otros lugares, luego de la disolución de los imperios europeos menores, quedó atrás un territorio abrasado, poco hospitalario para las semillas lingüísticas llevadas a ultramar por los colonizadores; el uso del holandés decayó rápidamente en Asia sudoriental, después que Indonesia afianzó su independencia; con excepción de Brasil y —discutiblemente— de parte del Africa meridional, la popularidad del portugués declinó tras el colapso del imperio portugués, en tanto que en el Pacífico sudoccidental los vestigios más claros de la presencia imperial alemana son un puñado de palabras del idioma de Bismarck y Goethe que, en forma muy distorsionada, acabaron incorporándose a la versión local del *pidgin*.

El francés tuvo mejor suerte, especialmente en los territorios que estuvieron antiguamente bajo el control directo de la metrópolis gala, pero más allá de esas fronteras, y a pesar de los esfuerzos de la Alliance Française y el entusiasmo comprensible de los francófilos entre la intelectualidad y los estratos sociales más altos, ha perdido terreno de modo perceptible, y solamente los partidarios ardientes del francés podrían sostener hoy que éste tiene la más remota oportunidad de ser nuestra próxima *lingua franca*.

La proeza de la lengua inglesa, en tanto significado “exportable”, concuerda con la extraordinaria ubicuidad y longevidad de numerosos símbolos, signos y formas de los británicos que viajaron profusamente y echaron raíces muy lejos de su patria. Es en este nivel práctico, tan característico, que la impronta inglesa adquiere su decisiva importancia formadora en nuestro momento histórico cuasi-helenístico, pues la aceptación de que goza y su capacidad de permanencia reflejan su potencial de respuesta a ciertos anhelos, aspiraciones y ambiciones muy extendidos y que no pueden ser todos de origen inglés. Los significados culturales tienen un sinnúmero de otros atributos menos evidentes que la ubicuidad y longevidad, pero pocos o ninguno resultan más elocuentes. Esto no implica necesariamente que tales cualidades sean lo que confiere a las cosas su valor, su atractivo o sus bondades; si tomamos en serio el libro del Génesis, tenemos que reconocer que la codicia, el crimen y el engaño han persistido exitosamente y durante muchísimo tiempo, pero no por ello son más admisibles. Sin embargo, la persistencia y la aceptación generalizadas son dos cualidades singularmente relevantes a la luz de lo que Vico sugiere, en el sentido de que los procesos evolutivos de la cultura y las sociedades

generan, de hecho, esas enigmáticas variaciones del espíritu humano a las que alude. O, menos enfáticamente, que no somos absolutamente impermeables a nuestros propios actos, aun cuando pretendamos (a menudo erróneamente) que los actos ajenos no nos afectan.

Si fuera posible ordenar con precisión los significados culturales en sentido horizontal, desde un nivel “alto” al más “bajo”, y también espacialmente, según las filiaciones regionales, veríamos que las perspectivas de nuestro tiempo están saturadas en cada nivel y cada espacio con variados signos, símbolos y formas de origen inglés, desde los preciosismos de la alta cultura a las menos exigentes, pero arrolladoras, instancias populares a que ha dado origen la inventiva de los ingleses, entre las cuales los deportes son, con mucho, lo más notable. Las actividades deportivas ideadas, transformadas, codificadas, o de alguna manera revividas e institucionalizadas por ellos han tenido en general tal grado de aceptación que, exceptuando razonablemente aquellos significados asociados a los denominados “ritos de pasaje” o a la satisfacción inmediata de necesidades biológicas elementales, se diría que ellas atraen la atención de más personas, en intervalos más frecuentes y en lugares más diversos, que cualquier otro grupo de actividades comparables. Además, su importancia y popularidad van en aumento en todas partes: actualmente pueden reclamar la condición de deporte nacional en un sinnúmero de países, al punto que resulta difícil pensar en alguna nación cuyos deportes más populares no sean de origen inglés. Cuando futuros historiadores comprueben que en nuestra época los tres deportes más populares en Japón eran el béisbol, el golf y el tenis, les resultará probablemente más fácil atribuir a este hecho un significado que hoy quizás se nos escape.

El más relevante de estos elementos significativos “exportables” asociados al deporte es, naturalmente, el fútbol y sus variantes modernas, todas las cuales derivan su origen inmediato del legendario encuentro de los *old boys* de Winchester, Eton, Harrow, Rugby y Shrewsbury, quienes redactaron las primeras “Reglas de Cambridge” en 1846, sentando las bases para el futuro desarrollo de este juego.<sup>9</sup> Medio siglo después,

---

<sup>9</sup> Según una placa conmemorativa que está en uno de los muros exteriores del Rugby School, el rugby nació cuando un estudiante llamado William Webb Ellis, “haciendo caso omiso de las reglas del fútbol (...), tomó la pelota bajo el brazo y corrió con ella, dando así origen al rasgo distintivo del juego del rugby”. Durante la primera mitad del siglo XIX, el fútbol se jugó en una variedad de formas, dos de las cuales tenían alguna relación con lo que ahora llamamos *soccer* (balompié) y rugby. Tras la redacción del segundo “Reglamento de Cambridge” en 1863, y la formación de la Football Association, cuyo juego favorito recibió muy

apenas unos cuantos polacos, brasileños, argelinos, italianos, españoles o uruguayos jugaban al fútbol. Hoy, esta vieja diversión de los escolares ingleses es, sin duda, el deporte más popular en cada uno de estos países, ninguno de los cuales fue nunca parte del Imperio Británico.<sup>10</sup>

El juego de la pelota ha sido un pasatiempo del hombre desde la antigüedad más remota, pero el fútbol actual está firmemente enraizado en la Inglaterra del siglo XIX, y debe su forma y su carácter original al clima social generado por el industrialismo victoriano triunfante en todas sus manifestaciones, incluida con toda seguridad esa intensa adhesión a una “cristiandad muscular” que solían cultivar los sectores medios en ascenso, interpretados con proverbial agudeza por Thomas Hughes cuando se complacía en imaginar al Nazareno como “un compañero viril, sencillo y valiente, una especie de ‘gentleman’ de origen modesto, pero muy buen tipo”, que indudablemente habría sido un correcto deportista de haber tenido la oportunidad.<sup>11</sup> El fútbol es el más conocido, pero no el único juego inventado o transformado por los artífices de la Inglaterra victoriana y sus émulos de ultramar: el tenis, de antiguo linaje, se vio también rejuvenecido con nuevas reglas, ceremoniales y un sistema de competición patrocinados inicialmente por el mayor Walter Wingfield, M.V.O, luego por el Marylebone Cricket Club, y, finalmente, después de 1877, por el All England

---

pronto el apodo de *soccer*, el Blackheath Football Club, que favorecía al rugby, se separó y ayudó a fundar la Rugby Union en 1871. Esta variante, practicada en los Estados Unidos y asociada principalmente a las competencias interuniversitarias, es una descendiente directa del juego del rugby traído de Inglaterra por D. S. Schaft, ex alumno de Rugby que en 1873 ingresó como estudiante en la Universidad de Yale. La legalización del pase adelante, que estableció la diferencia de la variante estadounidense, no fue aprobada sino hasta después de 1906. David Riesman y Reuel Denney, “Football in America: A Study of Culture Diffusion”, en Eric Dunning, (comp.), *The Sociology of Sport* (Londres, 1971), pp. 153, 155, 162.

<sup>10</sup> El *soccer* fue introducido en Brasil por los marineros ingleses en la década de 1860, y durante muchos años sólo se jugó entre los empleados de compañías británicas y alemanas, a quienes más tarde se unieron unos cuantos jóvenes de la clase alta local. Hacia fines de siglo, el *futebol* comenzó a ganar adeptos entre la clase trabajadora, y hacia 1914 había pasado a ser el deporte más popular del país. Janet Lever, “Soccer in Brazil”, en J. T. Talamini y C. H. Page (comp.), *Sport and Society* (Boston, 1973), pp. 141-142.

<sup>11</sup> Thomas Hughes fue el autor de *Tom Brown's School Days*, libro que influyó considerablemente en la creación y popularización de la figura legendaria del doctor Thomas Arnold, Director del colegio de Rugby, definido como un entusiasta del papel del deporte en la formación moral. John J. MacAloon, *This Great Symbol, Pierre de Coubertin and the Origin of Modern Olympic Games* (Chicago, 1981), p. 64.

Cricket and Lawn Tennis Club de Wimbledon, donde tuvo lugar ese año el primero de los ahora famosísimos torneos. El baloncesto fue inventado en 1891 en Macedonia, vale decir en Estados Unidos, por James Naismith, un estudiante canadiense de educación física en la sede de Springfield, Massachusetts, de la Asociación Cristiana de Jóvenes, institución que se extendió rápidamente a la mayoría de las regiones del planeta durante las décadas siguientes a su fundación en Londres el año 1844. En 1895, William G. Morgan, director de educación física de la YMCA de Holyoke, a sólo unas millas de distancia, inventó el vóleybol, específicamente como un deporte bajo techo para hombres de negocios a los que el baloncesto resultaba demasiado agotador. Durante las últimas décadas, y quizás a pesar de sus orígenes, las competencias internacionales de vóleybol han sido ganadas por la URSS y Japón. En cuanto al béisbol, no obstante el esfuerzo realizado en 1907 por la firma de A. G. Spalding y Hnos. para demostrar lo contrario, tuvo su origen en un juego infantil inglés del siglo XVIII (descrito por Jane Austen en *Northanger Abbey*), conocido en la región occidental del país como *rounders*, en Londres como *feeder* y en los condados del sur como *baseball*. Nadar es probablemente tan venerable como caminar, pero como un deporte objeto de competiciones organizadas, data de 1869, cuando se fundó en Inglaterra la Amateur Swimming Association. Merece destacarse que la modalidad conocida generalmente como estilo libre fue introducida en el año 1900 en los torneos internacionales por el australiano Richard Cavill, quien batió así el récord mundial para las 100 yardas. Antes de la llegada de los españoles, los indios araucanos de Chile solían jugar un violento juego de equipos empujando una pelota con un palo encorvado a través de un campo abierto; también lo hacían los persas, los griegos y los romanos, pero el hockey moderno data de 1886, cuando se fundó en Inglaterra la Asociación de Hockey y se establecieron las reglas, incluyendo la del *striking circle*, que han permanecido casi sin cambios hasta nuestros días. El atletismo declinó tras la caída de Roma y no revivió con fuerza hasta las primeras décadas del siglo XIX, cuando la Royal Military Academy promovió en 1849, en Woolwich, el primer encuentro atlético organizado de los tiempos modernos; en 1850 el Exeter College de Oxford inauguró un torneo atlético que ha continuado sin interrupciones hasta el día de hoy. Sin embargo, suele estimarse que las competencias atléticas modernas datan de 1866, cuando se fundó en Londres el Amateur Athletic Club “para subsanar la carencia de un lugar en el que puedan realizarse las competencias de deportes atléticos *amateurs* entre los caballeros aficionados a ellos”. La Amateur Athletic Union de los Estados Unidos se fundó veintidós años más tarde, en 1888. El bádminton fue

bautizado por un grupo de oficiales británicos en retiro, llegados de la India en 1873, quienes lo jugaban en las propiedades del duque de Beaufort, en Badminton, Gloucestershire; el juego había sido inventado a comienzos de los años 1870 por oficiales del ejército inglés destacados en la India, e inicialmente se le denominó *poona*.

Incluso algunos deportes tan inverosímiles como las ascensiones de alta montaña y el esquí alpino llevan la marca de aquellos vehementes aficionados victorianos. Es bien sabido que Petrarca fue el primer hombre en escalar una montaña por diversión, y que los pueblos que habitan en las proximidades de los grandes macizos cordilleranos han sido desde siempre renuentes escaladores, pero puede decirse con certeza que el moderno deporte del montañismo nació en 1854, con la ascensión del Wetterhorn por Sir Alfred Wills, y con la fundación en Londres del primer club alpino en 1857.<sup>12</sup> En cuanto al esquí, nadie duda que los pueblos escandinavos utilizaron los esquís como medio de transporte mucho antes del siglo XIX, y este rol pionero se conmemora debidamente en las clásicas competencias nórdicas de *langlauf* y salto con esquís; igualmente apropiado resulta que la principal competencia alpina, que incluye carreras de *slalom* y descensos, lleve el nombre de Lord Roberts, primer Conde de Kandahar, por haber sido los británicos quienes primero desarrollaron y luego obtuvieron el reconocimiento internacional en este tipo de carreras. En conformidad con ello, las primeras reglas para las carreras de *slalom* aparecieron en el *Public Schools Alpine Sports Yearbook* de 1923.

Los antecedentes del boxeo, las carreras de caballos, la caza del zorro y el golf apuntan decididamente a los gustos rudimentarios de los terratenientes y *dandies* de la época de los Hanover, antes que al impulso sincero de los reformadores sociales victorianos. Aun así, son versiones no menos inglesas, o escocesas en el caso del golf, de antiguas opciones. El pugilismo siguió perturbadoramente fiel a sus brutales orígenes clásicos, hasta que el boxeador inglés Jack Brougham inventó el guante acolchado, a mediados del siglo XVIII, y cien años más tarde, en 1867, John Graham Chambers ideó las reglas, que patrocinadas por el octavo marqués de Queensberry transformaron las feroces riñas en un deporte digno de la atención de caballeros y pedagogos. En cuanto al golf de los escoceses,

---

<sup>12</sup> El período “heroico” del montañismo alpino se inició con el ascenso del Wetterhorn y culminó con la conquista del Matterhorn por Edward Whymper, en 1865. El Mont Blanc fue dominado a fines del siglo XVIII, pero dicho ascenso tuvo lugar en el marco de una competición con premios en dinero, una motivación muy distinta a la de los montañistas ingleses de la época de Wills y Whymper. George D. Abraham, *The Complete Mountaineer* (Londres, 1907), p. 18.

éste era lo bastante popular en el siglo XV como para ser prohibido por distraer a los súbditos del rey de la práctica militarmente más importante constituida por la arquería; posteriormente fue transferido al sur por Jaime I, quien jugó unos cuantos hoyos en las tierras comunales de Blackheath, al este de Londres, donde se fundaría a comienzos del siglo XVII el Royal Blackheath Golf Club, el más antiguo del mundo (The Royal and Ancient Club of St. Andrews se fundó más tarde, en 1754). Antiguamente se practicaban en otros parajes juegos con reminiscencias del golf, especialmente en los Países Bajos, pero no cabe duda de que la versión moderna de este juego es de robusta ascendencia escocesa. Lo mismo puede decirse, poco más o menos, de las carreras de caballos, que deben ser tan antiguas como la doma de estos animales, pero que en su forma actual son inequívocamente una creación inglesa, desde los atavíos y arreos de los jinetes y las condiciones que rigen las carreras clásicas hasta las normas impuestas sin esfuerzo en el mundo entero a partir del siglo XVIII por el Jockey Club y el General Stud Book.

La mayor influencia no proviene, sin embargo, de la supervivencia o la popularidad de tal o cual actividad deportiva. Es, más bien, una consecuencia de la aceptación universal del concepto de deporte en sí, lo que se refleja adecuadamente en la incorporación de esta palabra en prácticamente todos los idiomas modernos, pues resultó ser perfectamente intraducible, lo que tal vez no sea tan sorprendente.<sup>13</sup> En la época de Waterloo, esta elusiva noción del “deporte” era desconocida fuera del mundo de habla inglesa, o bien se la consideraba una excentricidad; cuando la reina Victoria celebró su sexagésimo cumpleaños, el concepto había alcanzado una aceptación tan universal que fue posible institucionalizarlo de la manera más inesperada, más evidente y popular y, en última instan-

---

<sup>13</sup> En 1810 el príncipe Puechlser-Muskau, que conocía bien Inglaterra, escribió confiado que “*sport* es tan intraducible como *gentleman*”, y treinta años después otro autor alemán, J. G. Kohl, explicaba sobre los deportes: “No tenemos una palabra nuestra para estas prácticas y nos vemos casi obligados a introducir este vocablo en nuestro idioma”. Citado en Norbert Elias, “The Genesis of Sport as a Sociological Problem”, en Eric Dunning, *op. cit.*, pp. 88-89. Si bien resulta injusto afirmar que el juego del cricket ha demostrado una absoluta resistencia a ser trasplantado, es obvio que en su rol de emigrante ha tenido un derrotero curioso y errático: se comportó bien en la India y Pakistán, y todavía mejor en las Indias Occidentales, pero no fue así en la mayor parte de Africa y Asia, fuera del subcontinente indio. Su éxito en Australia no fue emulado en Canadá ni en los Estados Unidos. Lo más prudente que puede decirse de este singular patrón de distribución es que él ofrece abundante material para una atractiva tesis de magíster.

cia, significativa, mediante la exitosa iniciativa de Pierre de Coubertin de resucitar los juegos olímpicos en 1896, tras una interrupción de quince siglos. Aunque era un aristócrata francés, el barón de Coubertin era también un anglófilo entusiasta, admirador de lo que él consideraba eran los métodos educativos del doctor Thomas Arnold, director del Rugby School. La temprana lectura, a los doce años de edad, de *Tom Brown's School Days*, el famoso libro de Thomas Hughes sobre la vida estudiantil en Rugby, dejó en él una profunda y muy favorable impresión, que no habría de atenuar la anglofilia de moda en su época.<sup>14</sup> Sus visitas ulteriores al otro lado del Canal para estudiar el sistema educacional no hicieron más que reafirmar esas primeras impresiones, hasta que “desarrolló una profunda identificación con los ingleses”, que alcanzó niveles casi místicos en 1886, cuando a la edad de veintitrés años, en una visita a la capilla de la Rugby School, tuvo una visión singular que recordaría años después con un candor tan convincente como revelador: “Solo, en la penumbra de la gran capilla gótica de Rugby, con los ojos fijos en la losa funeraria donde estaba escrito sin epitafio alguno el nombre del gran Thomas Arnold, soñé que veía ante mí la piedra angular del Imperio Británico”.<sup>15</sup>

---

<sup>14</sup> En uno de sus ensayos autobiográficos Coubertin escribe que lleva consigo su ejemplar en inglés de *Tom Brown's School Days* en todas sus peregrinaciones por las escuelas públicas de Inglaterra, “pues nada puede ser mejor para revivir y llegar a comprender la poderosa figura de Thomas Arnold y el magnífico perfil de su obra incomparable”. Pierre de Coubertin, *Une campagne de 21 ans* (París, 1908), p. 3, traducido y citado por Mac Aloon, *op. cit.*, p. 53. La anglofilia de los círculos intelectuales franceses de la época lo invadía todo, como lo ha señalado Zeldin: “(...) Charles de Remusat declaraba en 1865: ‘Confieso de buena gana que el sueño de mi vida ha sido el sistema de gobierno inglés en la sociedad francesa’. La ‘república de los duques’, de 1871-1879, estaba profundamente impregnada de esa misma anglofilia, al igual que los católicos liberales de la escuela de Montalembert, los orleanistas como Passy y Odilion-Barrot y los economistas liberales como Leroy-Beaulieu y Michel Chevalier”. Theodore Zeldin, *France 1848-1945*, vol. 2. *Intellect, Taste, Anxiety* (Oxford, 1977), pp. 101-102.

<sup>15</sup> Coubertin, *Une campagne*, pp. 26-27, n.1, 25, 27, trad. y citado por Mac Aloon, *op. cit.*, p. 59. Su creencia en la génesis arnoldiana de la grandeza británica era sostenida explícita y fielmente. En un artículo de 1910 reiteraba la idea, explicando que “Arnold redactó (...) las reglas fundamentales del valor pedagógico asociado al deporte. Desde Rugby influye sobre las demás escuelas públicas contagiándoles su ejemplo sin frases altisonantes ni interferencias; he aquí la piedra angular del Imperio Británico. Sé que este punto de vista no es aún el de (...) los propios británicos, pero me conformo con haber obtenido la aprobación de uno de los más grandes sobrevivientes del período de Arnold: Gladstone. Cuando le planteé el problema (...) me pidió tiempo para reflexionar sobre el punto, y luego de haberlo pensado dijo: ‘Tiene usted razón, así es como sucedió’”. Coubertin,



Según MacAloon, las investigaciones de Coubertin sobre la educación inglesa fueron poco más que una paciente confirmación de lo que había leído en *Tom Brown's School Days*. Aun así, ello bastó para convencerlo de que la prosperidad y el poderío de Gran Bretaña no eran obra del azar o la herencia, sino la consecuencia de la aplicación sistemática en las escuelas victorianas de lo que él entendía como el sistema arnoldiano de *la pédagogie sportive*, el cual, si bien asignaba un lugar preponderante dentro de su programa al desarrollo moral y la educación cívica, se apoyaba principalmente en los beneficiosos efectos de una actividad deportiva regular.<sup>16</sup> Coubertin abrigaba la esperanza de que la adopción generalizada de esta versión *sui generis* del sistema arnoldiano permitiría, como él lo expresa gráficamente, *rebronzer la France* tras el desastre de 1871. Y lo que es más importante, consideraba que la difusión de la práctica de los deportes y la adopción del espíritu deportivo inglés mejorarían la conducción de los asuntos internacionales con la misma eficacia con que antes habían perfeccionado el carácter de quienes construyeron el Imperio británico. De ahí a organizar los juegos olímpicos había sólo un paso, y aunque la idea de revivir el antiguo torneo atlético no era original de Coubertin, suyos fueron la iniciativa y el genio empresarial de combinar la intención moral del sistema arnoldiano centrado en el deporte con una festividad internacional que sirviera de eco al tremendo éxito de la Exposición del Palacio de Cristal celebrada en 1851, descrita más de una vez por los atónitos contemporáneos como “estos Juegos Olímpicos de la Industria, este verdadero torneo del comercio”, y “la primera gran Olimpiada cosmopolita de la Industria”. Durante los siglos XVIII y XIX hubo una serie de intentos fracasados de revivir los Juegos Olímpicos en Alemania, Suecia, Grecia, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, pero con la notable, y aparentemente decisiva, excepción de los Juegos Olímpicos de Much Wenlock, que tuvieron lugar en Shropshire, nada prueba que Coubertin

---

“Olympic”, 1929, *The Olympic Idea: Discourses and Essays*, Carl-Diem-Institut y Deutschen Sporthochschule (editores), Koln; revisado por Liselot Diem y O. Anderson; traducido por J. G. Dixon (Stuttgart, 1967), pp. 113-114, citado por MacAloon, *op. cit.*, pp. 51, 80.

<sup>16</sup> Uno de sus biógrafos franceses lo afirma más enfáticamente: “Pierre [de Coubertin] avait laissé le feu s'éteindre (...). Il était devenu Tom Brown, il devenait Thomas Arnold. Se dégageait du livre et frappait l'esprit du jeune homme comme un tamtam la clé de voeu de l'oeuvre de Thomas Arnold, le sport... le sport... le sport... le sport...”. Marie-Thérèse Eyquem, *Pierre de Coubertin, L'Épopée Olympique* (París, 1966), p. 31.

estuviera al tanto de ellos.<sup>17</sup> En 1889, cuando ya se había hecho un nombre como apóstol de los deportes a nivel internacional, recibió una invitación del doctor W. P. Brookes, fundador y singular *arconte* de los juegos de Much Wenlock que venían realizándose a intervalos regulares desde 1849, y en octubre de 1890 viajó a Shropshire, en el corazón de Inglaterra, para presenciar aquella improbable Olimpiada. Esta experiencia fue importante y memorable para él. Según expresión de su biógrafo, el barón francés “estaba atónito y encantado con lo que vio”, tanto que, al referirse años después a esta visita, en un artículo en que aludía al origen de los Juegos de Atenas de 1896, señaló a la gente de Much Wenlock como los únicos que “preservaron y continuaron la verdadera tradición olímpica”.<sup>18</sup>

Empresas como la de Coubertin son consecuencia de una multiplicidad de factores, y sería absurdo explicarlas como el simple resultado de una o dos causas aisladas. Con todo, si consideramos seriamente su inspiración, directrices y el aprecio que el propio noble francés sentía por la obra a que dedicó su vida, entonces, la génesis de los modernos Juegos Olímpicos y la consiguiente sistematización e institucionalización del deporte y de los conceptos que definen sus diversas manifestaciones (tales como *amateur*, profesional, *performance*, *record*, conducta deportiva y antideportiva, etc.) debe conducirnos necesariamente a su peregrinación individual a Rugby y Much Wenlock, y a su pintoresca cruzada arnoldiana, fundada con tan encantadora ingenuidad en lo que *Tom Brown’s School Days* se propone enseñarnos acerca de la educación de los ingleses.

Una peregrinación similar, a un lugar que dista en línea recta unas ochenta millas de Much Wenlock, nos lleva a la cuna de la moda musical prevaeciente en las últimas décadas del presente siglo. De remoto origen africano, modificada por su tránsito reciente a través del sur y el medio

---

<sup>18</sup> Coubertin, “A Typical Englishman: Dr. W. P. Brookes of Wenlock”, *American Monthly Review of Reviews*, vol. 15, 1897, p. 63; véase también por el mismo autor “Les Jeux Olympiques de Much Wenlock”, *Sports Athlétiques*, vol. 1, 25 de diciembre de 1890. Sin embargo, como bien lo ha explicado Norbert Elias, hay una discontinuidad esencial entre los antiguos y los modernos Juegos Olímpicos, que se aprecia claramente en el alto grado de violencia que se permitía en los juegos griegos y el sorprendentemente bajo “umbral de rechazo al hecho de que las personas se hirieran o incluso se matasen unas a otras durante las competencias, para deleite de los espectadores”; el concepto moderno del deporte no es, ciertamente, originario de la Grecia clásica, sino de la Inglaterra victoriana. Elias, *op. cit.*, pp. 88-89.

<sup>17</sup> Aunque, al parecer, el doctor Brookes le informó sobre estos antecedentes durante la visita que hizo Coubertin a Much Wenlock en 1890. MacAloon, *op. cit.*, pp. 131, 146-151.

oeste americano (es decir, por la región interior de Macedonia), la mayor parte de las actuales normas melódicas, coreográficas, de vestuario e instrumentales de este tipo de música es el legado de una serie de grupos musicales ingleses, el más original e influyente de los cuales, los Beatles, tiene sus raíces bien definidas en Liverpool. Según uno de los recuentos más difundidos de esta moda musical, “los Beatles llegaron a ser más grandes que Elvis (...). Descollando entre Bob Dylan, los Rolling Stones, muchos grupos británicos y estadounidenses, Mary Quant, los Who o lo que fuera que surgiera día a día, los Beatles parecían no sólo simbolizarlo todo sino además contenerlo; hacer la historia anticipándose a ella”. Y añade la crónica: “el rock, que durante los años cincuenta se había transformado de una inspiración personal en un proceso que abría paso a la más marginal de las empresas, llegó a ser, con los Beatles, un modo de vida”.<sup>19</sup> *The Times* comentó casi lo mismo en un artículo editorial publicado tras la trágica muerte de John Lennon, uno de los miembros del grupo, en 1980. Los Beatles, señalaba, “crearon un sonido autóctono e inconfundiblemente británico, que llegó a ser en muy poco tiempo el sonido predominante del pop (...). Los Beatles hicieron del dialecto británico la lengua del nuevo estilo musical, y el sonido de Liverpool llegó a ser un artículo de primera necesidad no sólo en Gran Bretaña y Estados Unidos sino también en la Unión Soviética y prácticamente en todos los países del mundo”.<sup>20</sup> Lo que los Beatles iniciaron en Liverpool fue recogido por varios miles de imitadores más o menos convincentes, pero tras la disolución del grupo, en 1971, su lugar a la cabeza de la popularidad fue ocupado sin esfuerzo por los Rolling Stones, otro conjunto inglés, y durante los últimos veinte años estos dos grupos ingleses han dominado el género con un éxito comercial y un nivel de aceptación verdaderamente inéditos.

Cuando Eduardo VII subió al trono, nadie ponía en duda la hazaña industrial y la preeminencia política británicas, pero nadie habría pensado (y nadie pensó) en extender las pretensiones del Imperio al ámbito inusitado de la música popular, y predecir que allí donde reinaban en gloria y majestad el vals y la polca, antes que terminara el siglo iban a ser desplazados irremediablemente por el pop, el rock y el punk, y que Londres y Liverpool rivalizarían con Nueva Orleans, Nueva York y Memphis como santuarios de los estilos de moda. Hay quienes perciben en todo esto

---

<sup>19</sup> J. Miller, editor, *The Rolling Stones Illustrated History of Rock and Roll* (Nueva York, 1976), pp. 182, 185.

<sup>20</sup> *The Times*, 10 de diciembre de 1980.

indicios de alentadores logros culturales, otros de decadencia, y hay quienes hablan de una singular predisposición nacional, que va hilando suavemente un derrotero desde Purcell y Elgar a Vaughan Williams, Britten, John Lennon y Paul McCartney. Tales interpretaciones van mucho más allá de nuestro propósito, el cual consiste en señalar, simplemente, que las emisiones musicales sin mayores complejidades que hoy resuenan de manera ininterrumpida en miles de estaciones de radio, y que reinan en los salones de baile, en los clubes nocturnos y otros sitios de recreación popular, llevan consigo la inconfundible marca estilística de sus creadores de Liverpool.

A un centenar de millas al sudeste de Merseyside, un comedor en el segundo piso de un acogedor restaurante italiano en el Soho, el conocido distrito londinense, ostenta una placa que informa a los reverentes parroquianos que en ese mismo lugar, en 1923, J. L. Baird construyó e hizo funcionar con éxito el primer aparato de televisión. Este impulso inicial no se disipó: en 1936 la BBC inauguró las primeras transmisiones televisivas regulares del mundo y, hoy día, esa corporación sigue siendo el principal productor y exportador mundial de programas de televisión, posición que respecto del cine ha ocupado Estados Unidos durante la mayor parte de nuestro siglo. El cine nació cuando Thomas Alva Edison patentó su “cámara cinetoscópica” en 1891. Desde entonces, las etapas fundamentales e influyentes por las que ha atravesado en su evolución, hasta su actual relación simbiótica con la televisión, se han iniciado y culminado a la sombra de los estudios de Hollywood. Es más, fue Hollywood el que generó la galaxia de estrellas centelleantes en el firmamento de celuloide que esta nueva forma de arte desplegó de manera tan convincente sobre las cabezas de sus millones de embelesados admiradores en el mundo entero.

El cine floreció también fuera de las fronteras de los Estados Unidos, dando pie a una exquisita cosecha de talentos y superproducciones, pero aunque fueron numerosos y muy notables, rara vez alcanzaron el grado de intimidad con que el público de todas latitudes hizo suyas las películas y estrellas pioneras; millones de aficionados al cine se sentían felices de medir el mundo con una vara hecha en Hollywood, y de aceptar sin reservas los sueños que la Meca del cine elaboraba para un mercado en expansión. Aparte el vasto desfile de impecables intérpretes, maestros del humor, criaturas imaginarias, héroes y heroínas (basta mencionar a Charlie Chaplin, Fred Astaire y Ginger Rogers, Laurel y Hardy, los hermanos Marx o el Pato Donald, Frankenstein, el ratón Mickey, *Lo que el viento se llevó*, Humphrey Bogart, o bien *Las uvas de la ira*), Hollywood creó las únicas formas de mitología folklórica plausibles en nuestra época que han

alcanzado validez universal. Palabras como “gangster” o “cowboy” dan buena cuenta de ellas, las que bien pueden tener más probabilidades de perdurar en el tiempo que varias entidades monumentales más impactantes en primera instancia.

Considerados en conjunto, no cabe duda que los significados relacionados con los deportes, la música popular, la televisión y el cine predominan hoy en los niveles menos exigentes del universo cultural de signo cosmopolita, reforzando (si tal palabra puede aplicarse a la sutil relación existente entre cultura y lenguaje) considerablemente la influencia generalizada del inglés como *lingua franca*. Pero en los niveles medios de la escala tampoco escasean los significados exportables de origen inglés. Por el contrario, su abundancia llega a ser ligeramente embarazosa, trayendo a la memoria intentos pintorescos por parte de funcionarios excesivamente patrióticos por demostrar que sus compatriotas inventaron la mayoría de las cosas unas cuantas décadas antes. Obviamente, no es tal el propósito de esta enumeración tentativa y algo fortuita: se trata más bien de señalar que además de las formas, signos y símbolos que hoy nos resultan familiares y se asocian a los deportes, las entretenciones populares y la comunicación masiva, los pueblos de habla inglesa también han generado significados de nivel medio y superior, que viajaron a ultramar sin mayores dificultades y que forman hoy parte integral de la cultura regional de casi todo el mundo.

Entre ellos cabe citar arreglos instrumentales y también disposiciones institucionales, modelos de conducta y elementos prácticos destinados a enfrentar ciertos problemas habituales; sólo a un número muy limitado de países jamás han llegado la YMCA o la YWCA, el Ejército de Salvación, los “boy scouts” o las “girl guides”, pero no hay uno solo en que el uso de sellos postales no forme parte del tejido de hábitos sociales luego de la ingeniosa invención del inglés Rowland Hill del sistema de franqueo pagado, introducido en 1836, o donde nunca haya existido, en cualquier forma o color, el útil buzón inventado por Anthony Trollope. La Cruz Roja Internacional tiene sólidas raíces en Ginebra, pero ¿cómo podría disociarse su existencia de la enfermería profesional y de las actividades de Florence Nightingale en Scutari? Los seguros de cualquier tipo eran ya una tradición en los albores del siglo XVIII, pero la autoridad otorgada a Lloyd’s durante los siguientes doscientos cincuenta años no tenía precedentes y continúa sin parangón.

Hoy día el comercio y la marina mercante británicos no están en su apogeo, y han aparecido rivales que desafían el una vez reverenciado Register of Shipping, pero los herederos de la asidua clientela de la cafetería de Edward Lloyd siguen teniendo una parte importante de la responsa-

bilidad de hacer de Londres la capital mundial de los seguros. La metrópolis, en su venerable ancianidad, es también el centro desde donde el Kennel Club y Crufts han ejercido su amable ascendiente en la definición y clasificación de las razas caninas, y donde los periódicos, desde los chispeantes tabloides hasta los respetables líderes de la opinión pública, adquirieron por primera vez su formato y convenciones estilísticas actuales, incluyendo esa aguda conciencia de la diferencia entre noticia y opinión, lo que bien puede ser el principal aporte de *The Times* al desarrollo del periodismo civilizado.<sup>21</sup>

Entre los productos derivados de la Revolución Industrial, pocos han sido tan influyentes en la conformación de la sociedad moderna como el automóvil, el teléfono y el avión. De ellos, dos nacieron en Estados Unidos, pero el léxico asociado a los tres se estableció en Inglaterra. El automóvil fue más alemán y francés que inglés o estadounidense en sus orígenes, pero obtuvo su *status* social decisivo y su paisaje auxiliar de semáforos, parquímetros, estaciones de servicio, carreteras y cines al aire libre principalmente en Estados Unidos. Desde aquel brinco inicial en Kitty Hawk al ritual y la parafernalia de los vuelos intercontinentales de hoy a bordo de enormes aviones a propulsión, el aeroplano y el desarrollo ulterior del transporte aéreo en gran escala llevan la impronta americana de la ciencia aplicada, la tecnología y la inventiva llevadas al límite de sus posibilidades. Lo mismo vale para el teléfono, que adquirió su perfil definitivo en el dinámico mundo de los negocios creado por la economía estadounidense en expansión.

Incluso una enumeración tan poco sistemática como la presente sería imperfecta si no mencionara, siquiera al pasar, los clubes, o la institución cada vez más popular del “wikén”, o a Sherlock Holmes<sup>22</sup> y la novela

---

<sup>21</sup> Respecto del formato, hay escasas excepciones, entre las cuales las más conocidas sean probablemente el *ABC* de Madrid, *Le Monde* de París, y los antiguos periódicos moscovitas *Pravda* e *Izvestia*.

<sup>22</sup> A pesar de la explicación globalizadora y acumulativa de Vico sobre la herencia homérica, los arquetipos suelen ser hijos de una sola mente: posiblemente Cándido sobreviva a su creador, y tal vez ocurra lo mismo con Don Quijote. ¿Cuántas personas que en otros aspectos exhiben una cultura literaria conocen el nombre del creador de Don Juan? Lope de Vega fue llamado “monstruo de la naturaleza” por sus admirados compatriotas, porque salieron de su pluma más de mil doscientas obras de teatro y pobló la literatura española de docenas de personajes que perduran hasta hoy, pero que en todo caso no han logrado sobrevivir en el exilio. Aun así, el apodo de “monstruo de la naturaleza”, usado en este sentido, debería reservarse en justicia para Shakespeare, quien ciertamente produjo más arquetipos exportables que cualquier otro en la historia de las letras; no hay

detectivesca (y más recientemente, el auge espectacular de las historias de espionaje); o el influjo que ejercen Sotheby's y Christie's en la configuración del mercado mundial del arte; o el decisivo papel que cumplen el Covent Garden y el Metropolitan de Nueva York en los niveles más sofisticados de la actividad operática contemporánea; o la facilidad con que la retórica de las prácticas parlamentarias inglesas (su espíritu demostró ser mucho menos adaptable) ha sido asimilada prácticamente en todos los rincones del globo que se consideran dignos de tener su propia representación ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.<sup>23</sup> Pero la hipótesis de trabajo que postula la continuidad cuasi-helenística no exige un listado exhaustivo, y los ejemplos citados bastan para ilustrar los rasgos más distintivos de los significados creados por los pueblos de habla inglesa. Su ubicuidad, por ejemplo, es manifiesta, independientemente de sus cualidades intrínsecas: el hecho de que el mundo mediterráneo, en el siglo II d. C., haya preferido el griego al latín fue consecuencia de factores independientes de la excelencia gramatical; hay quienes sugieren que el fútbol es "mejor" que el hockey porque es bastante más popular, o que el punk rock es superior al tango por la misma razón, pero ello implicaría avanzar a grandes pasos en una dirección sumamente pintoresca. Es hartamente mejor, y más sencillo, suponer que la amplia aceptación que muchos desearían interpretar como una prueba de bondad es, al menos en parte, un reflejo adecuado de cierta habilidad práctica para dar respuesta a necesidades planteadas por el público, sean éstas importantes o triviales.

Hoy pareciera que la mayoría de los artefactos y significancias culturales creados por los pueblos de habla inglesa responden sin dificultad a una multiplicidad de necesidades, comparables a las que los originaron, si bien en contextos extraordinariamente dispares. El poderío de Inglaterra decae, pero la cantidad de personas que ingresan a clubes, envían cartas por correo, juegan tenis, miran televisión, escuchan música rock, beben

---

muchos países del mundo donde los nombres de Hamlet, Macbeth, Romeo y Julieta, Falstaff, Ariel y Calibán, Próspero y Otelo carezcan de todo significado. Frankenstein y Sherlock Holmes se encuentran entre las más exitosas de las figuras menores de este tipo. El gran detective victoriano, en particular, ha estimulado a muchos imitadores que pululan en las regiones sombrías de la sociedad humana, y donde se ha unido a ellos un abundante racimo de espías y contraespías de la misma *écurie*.

<sup>23</sup> Con la magnífica excepción de esa caracterización universalmente válida del espectro político en términos de "derecha" e "izquierda", que ciertamente es, aunque de manera involuntaria, una de las consecuencias más perdurables de la Revolución Francesa.

whisky, estudian inglés o viven en rascacielos aumenta en todas partes; más aún, las necesidades que justifican esta tendencia son consecuencia directa de los ajustes sociales y económicos provocados por la expansión de la industrialización, y, por consiguiente, es poco probable que disminuyan en el futuro.<sup>24</sup> A pesar de las fuertes protestas que el crecimiento industrial suscita entre los amantes de la naturaleza que residen en los países industrializados más prósperos, está muy claro que en el mundo en general la inmensa mayoría desea ardientemente tener la oportunidad de gozar de los frutos de esa Revolución Industrial vapuleada con tanto entusiasmo por quienes ya están saciados. Las personas deseosas de adquirir un nuevo par de *jeans*, un juego de palos de golf o un automóvil, una casa o un televisor, no debieran abrigar quizás tales anhelos, pero es difícil ignorar el hecho de que sí los tienen, y cuando se reflexiona sobre tales cosas es más prudente examinarlas como son y no como debieran ser.

Todos estos artefactos y significaciones culturales serán, a su debido tiempo, desplazados por otros, y sus vestigios habrán de constituir otros tantos enigmas para los arqueólogos y los historiadores. Esto no está en discusión. Eventualmente, todas las cosas dejarán de existir, y nosotros mismos lo haremos de manera más definitiva (como lo señalaba Lord Keynes) al morir. Empero, en tanto los seres humanos tienen una esperanza de vida que, con variaciones menores, está razonablemente bien establecida, los significados culturales varían enormemente en su capacidad de perdurar. La Academia de Platón logró sobrevivir ochocientos años antes de sucumbir ante los escrúpulos religiosos de Justiniano; las corridas de toros, aunque mucho menos venerables, intentan hoy mantenerse en pie pese al desafío formidable del fútbol; el vals vienés conquistó el mundo, reinó en gloria y majestad por más de tres generaciones, pero enfrentado a las transformaciones que hicieron del jazz en todas sus formas (incluyendo la que popularizaron los Beatles) una bandera desafiante e invencible, se desmoronó rápidamente, junto con el ordenamiento social que le sirvió de cuna; el sistema imperial inglés de pesos y medidas estaba demasiado enraizado en la tradición nacional para ser transferido con facilidad, pero se fortaleció a nivel local por su estrecha vinculación con la Revolución Industrial y resistió con éxito el desafío decimonónico de un sistema métri-

---

<sup>24</sup> No todos están conformes con esta tendencia industrializante asociada con Occidente, y en años recientes ha habido algunas tentativas interesantes para detenerla o atenuarla; de ellas, la más prolongada ha sido, aparentemente, la de Albania, la más reciente, la de Irán, y la más importante, y posiblemente la menos exitosa, la de la “Revolución Cultural” china.



co francés cargado de asociaciones negativas, llegando a ceder tan sólo en nuestra época, cuando los fundamentos locales de su predominio se han visto erosionados irremediamente.

La supervivencia de cualquier aspecto de la cultura está obviamente a merced de una infinidad de factores, muchos de ellos desconocidos, otros de difícil interpretación. Aun así, parece probable que por sobre un determinado nivel de complejidad, los significados existentes sólo son desplazados cuando se enfrentan a un desafío análogo al que sugería Arnold Toynbee, cuando acuñó la fórmula dicotómica de desafíos y respuestas. En este respecto, los logros industriales y tecnológicos de una serie de países asiáticos no pueden aún clasificarse como un desafío: lo que han hecho Singapur, Japón, Corea del Sur y Taiwán, por lo demás de gran importancia, es acoger y hacer suyos muchos de los artefactos y significados culturales más fácilmente discernibles del mundo de habla inglesa. Sus triunfos son ampliamente comparables con los de los atálidas, los ptolomeos y los seléucidas, cuyo helenismo entusiasta les dio pleno derecho a ser considerados más griegos que los propios griegos. Lo más digno de destacar en la tendencia actual es que los japoneses están, por así decirlo, emulando los significados de los pueblos de habla inglesa; al igual que muchos, pero ciertamente con más eficacia que la mayoría, están aprendiendo a jugar al golf y al tenis, dominando los laberintos de la organización industrial y fabricando cada vez más y mejores cámaras fotográficas, automóviles y aparatos electrónicos. A pesar del inmenso, y ciertamente justificado, interés del mundo de habla inglesa en la vida y costumbres de muchos de estos países asiáticos, sería incorrecto sugerir que el proceso de emulación vaya a ser recíproco en el corto plazo. Esto no significa que no deba haber reciprocidad; simplemente, que no la hay en la actualidad y no hay signos de ello en el futuro previsible. Tampoco se vislumbra gran abundancia de significados visibles por sobre el horizonte ruso. Más de medio siglo después de la Revolución de Octubre, pocas personas en el mundo aprecian tanto como los rusos las virtudes de la música rock o el *chic* en el vestir de Occidente, y quedamos sencillamente pasmados ante la presteza con que el fútbol y el marxismo, ambos de clara estirpe victoriana, conquistaron los corazones y las mentes en un ámbito tan distante de los campos de juego de Rugby y de la sala de lectura del Museo Británico.

Transcurridas seis décadas y media de vida en Rusia bajo una forma local del socialismo, se detectan pocos signos, rasgos y otros símbolos exportables que permitan prever, dentro de lo concebible, un desafío cultural consistente; el uso ritual del color rojo proviene, por cierto, de la tradición revolucionaria francesa; la celebración del Primero de Mayo le

debe más a Chicago y París que a Moscú; las palabras *commissar*, *bolshevik*, *apparatchik* y posiblemente *stakhanovita*, como también los inquietantes conceptos del realismo socialista en las artes, o el de “democracias populares”, tuvieron su momento de gloria, pero no lograron encender la imaginación del mundo del modo único y memorable que lo consiguió el lanzamiento del primer *sputnik* o, unas décadas antes, aquellos promisorios planes quinquenales que parecían haber resuelto por fin los misterios del crecimiento económico y la prosperidad sostenida. La muy gráfica ecuación de Lenin sobre el socialismo y la electrificación tuvo cierta resonancia durante un breve período, pero ha sucumbido a la obsesiva preocupación ambiental de la nueva izquierda, estado de ánimo cuyo origen, a propósito, se encuentra específicamente en las fuentes del romanticismo inglés.

Tal como los quesos, los sistemas políticos son significantes, pero en política hay menos espacio para la innovación que en la fabricación de quesos. El austero catálogo de Platón de las cinco clases de gobierno: aristocracia, timocracia, oligarquía, democracia y tiranía, ha resistido estupidamente el paso del tiempo y los más de dos mil quinientos años transcurridos desde entonces, y aunque a primera vista algunas de las variantes del socialismo que han surgido después de 1917 parecerían representar una sexta categoría, cualitativamente distinta de cualquiera de las imaginadas por los griegos del siglo de Pericles, es dable esperar que la calma y la reflexión terminarán invariablemente por vindicar la sucinta clasificación antigua. Los significados no emplean necesariamente las alas de la política para moverse de un lado a otro: los reinos helenísticos asimilaron de buen grado el arte, los modales, la literatura y la arquitectura de los atenienses, pero no su forma democrática de gobierno. Un hecho sorprendentemente parecido se aprecia en el ocaso imperial británico, cuando muchos rasgos importantes, y a menudo decisivos, de la cultura de los ingleses se consolidaron durante la disolución del Imperio, pero en vano podríamos buscar un número significativo de monarquías democráticas y constitucionales convincentes que hayan sido moldeadas por el patrón metropolitano.

Los desafíos culturales pueden adoptar una gran variedad de formas, incluso la negativa, la del vacío que queda al esfumarse la necesidad específica que los originó. Pero ni siquiera este simple requisito es universalmente válido, porque si el significado es lo bastante elemental, su propia especificidad puede resultar esencial: el *hula-hoop* puede desaparecer sin necesidad de desafío, y lo mismo puede suceder con las polainas, los quitasoles y la conga, pero es imposible explicar la eventual obsolescencia de las salas de proyección o de los transatlánticos, sin mencionar la televi-

sión y los aviones. Un desafío potencial de un significado complejo debe presentar un grado de complejidad comparable, y, como ello precisa un período de gestación y de visibilidad, parece improbable que la televisión y el fútbol, el teléfono y los rascacielos, las novelas de detectives y los sellos de correos, el tenis y los automóviles vayan a ser desplazados de la noche a la mañana por sustitutos que nos resultan por ahora tan inconcebibles como la súbita aparición de una nueva *lingua franca*, surgida entre bastidores, que empuje al inglés fuera de escena.

Que todos estos significados son directa o indirectamente hijos de la Revolución Industrial es tan claro como el hecho de que el primer, y justamente célebre, proceso de industrialización ocurrió en Inglaterra; que sus múltiples causas, distantes y próximas, tenían profundas raíces en el suelo inglés, y que la infinidad de signos, formas y símbolos que generó llevaban, como sello indeleble, la marca del momento cultural de los ingleses en el curso de la historia.

Según el conocido y muy convincente argumento de Gombrich, “decir que los griegos inventaron el arte (...) es sólo una sobria afirmación de un hecho”..<sup>25</sup> Entre los siglos VI y IV a. C., la revolución griega transformó el universo de lo visual y lo ilusorio y generó el arte tal y como lo conocemos hoy. Aquellos siglos espléndidamente creativos dieron nacimiento al torrente de imágenes, conceptos e ideas que han conformado y enriquecido nuestra comprensión del mundo. No es desmesurado evaluar bajo este mismo prisma el impacto de la Revolución Industrial. Si realmente los griegos inventaron el arte, y los siglos helenísticos pueden considerarse una secuela persistente y civilizadora de aquel inédito florecimiento de la especulación intelectual y artística, es prudente y apropiado concluir que los pueblos de habla inglesa inventaron el mundo industrial moderno; que las ideas y conceptos generados durante su prolífica Revolución Industrial están expandiéndose aún por todo el planeta, y que el suave ocaso de la metrópolis británica abre paso a un período cuasi-helenístico de asimilación y consolidación que fácilmente sobrevivirá a la generación de nuestros bisnietos e incluso a la de nuestros tataranietos.

“Meditaciones sobre un águila muerta”

*Los cielos la favorecieron  
Como una morada apropiada a su grandeza.  
Igualmente favorecida fue por los vientos,*

---

<sup>25</sup> E. H. Gombrich, *Art and Illusion* (Princeton, 1972), p. 141.

*Con alas indomables, poderío,  
Vigor para cabalgar sobre las tormentas.  
Era su ojo de oro, una joya pulida  
Para las más envidiables percepciones.  
Nada escapaba, la rata de campo  
Vista como un punto, se tornaba en presa, a la vez que en  
Sustento.*

*La tradición la hizo emblema  
De la supremacía indomable, elegida  
Por los mortales para simbolizar  
Sus más ardientes aspiraciones; hace poco  
Nadie la vio, cuando  
Descendió veloz, y un granjero impenitente  
La creyó invasora de los derechos del hombre.  
Si sólo hubiera permanecido aquel día  
Entre sus peñas monásticas, no yacería  
Aquí ahora, rígida como un mísero gorrión,  
Entregando su esplendor al polvo.*

(Fari Watson). □